Nuestro tiempo

LA EUROPA FEDERAL: UN SUEÑO DE ORTEGA

El 19 de enero del año actual, los ministros presidentes de los Estados constitutivos de la "Pequeña Europa"—Pequeña Gran Europa, podría denominarse con más rigor—firman en París un convenio que sienta las bases para la realización de un Mercado Común Intereuropeo. En síntesis: supresión gradual de fronteras arancelarias y unificación de las exteriores, que, por tanto, llegarán a regirse según un mismo tipo de aduana. Además, dicho día se anuncia también la creación del Euratom, o sea la comunidad atómica; de un Banco de Inversiones confederado; y, con la admisión en el Mercado Común de los territorios ultramarinos de Francia, Bélgica e Italia—otro de los acuerdos—, se vislumbra una poderosa proyección económica coligada sobre el continente africano. El nacimiento, tal vez, de la Euráfrica, que dijo Spaak.

Lo que caracteriza al comunicado de los acuerdos de París es su carencia de retórica, sorprendente más que nunca en esta ocasión trascendental. Quizá ello sea un buen síntoma. Nada de altisonantes y gesticulares declaraciones ni cartas magnas; sólo la redacción escueta de un compromiso en torno a problemas muy concretos y delimitados, pero de tan gran envergadura, que esa fecha del 19 de enero significa la etapa más decisiva de los esfuerzos realizados hasta ahora pro unificación de Europa. Proceso integrador, iniciado ya en el plano económico con el *pool* de vagones de mercancías de los seis países asociados, continuado después con la Comunidad del Acero y del Carbón, hasta verse coronado con la creación del Mercado Común, que conducirá a estas seis naciones a la integración en una unidad económica vasta y compleja, cuyo futuro poderío es hoy difícil calcular.

Al fin, los proyectos de Robert Schuman, de Gasperi y Spaak comienzan a cristalizar en resultados prácticos, por obra de los dirigentes de los Estados coligados, donde destaca la voluntad del canciller Adenauer, occidentalista hasta al medula. Pero si lo conseguido no fuese más que un acuerdo de los Gobiernos interesados, habría que temer por la consistencia futura de tales convenios. Lo

más importante en este caso es comprobar la opinión europeísta casi unánime de los pueblos. En Alemania, en diciembre de 1956, se pronunció a favor de tal unión más del 75 por 100, mientras que en Francia, según análoga encuesta, llegó a alcanzarse un 97 por 100 de adictos.

Ese espíritu altamente presentidor, por cuyas páginas de gran parte de su obra corren vientos de profecía, nuestro Ortega y Gasset decía hace cosa de unos treinta años: "Por vez primera, al tropezar el europeo en sus proyectos económicos, políticos, intelectuales con los límites de su nación, siente que aquéllos—es decir, sus posibilidades de vida, su estilo vital—son inconmensurables en el tamaño del cuerpo colectivo en que está encerrado. Y entonces ha descubierto que ser inglés, alemán o francés es "menos" que antes, porque antes el francés, el inglés y el alemán creían, cada cual por sí, que eran el universo. Este es, me parece, el auténtico origen de esa impresión de decadencia que aqueja al europeo. Por tanto, un origen puramente íntimo y paradójico, ya que la presunción de haber menguado nace precisamente de que ha crecido su capacidad y tropieza con una organización antigua, dentro de la cual ya no cabe."

De *La rebelión de las masas*—el libro de Ortega más difundido en el extranjero—hemos entresacado las anteriores líneas. Que nos parecen de una tan candente actualidad, que pensamos podrían muy bien ser reescritas hoy mismo, pues nada mejor para confirmación de lo en ellas aludido que el resultado de esas consultas a la opinión pública de los países que ahora están sentando los pilares de su confederación.

Evidentemente, ciertas estructuras de las naciones europeas resultan ya demasiado estrechas para poder contener esa expansión y crecimiento al que los estados, si son fieles a su impulso vital, están irremisiblemente abocados. Y es el maestro también quien analiza las fases de ese movimiento integrador de los pueblos en unidades cada vez más amplias y complejas, sirviéndose para ello de una ojeada a nuestra historia nacional: "Al principio fué León y no Castilla; después, León y Castilla, pero no Aragón..." Ortega es un hombre que mira al pasado para desentrañar los posibles gérmenes potenciales de futuro que haya en él. Y de esa mirada a la Historia, nuestro pensador llega no sólo a aceptar la posibilidad de una Europa federal, sino aún más: a la conclusión de que esto tendrá que realizarse por ser un proceso de fatalidad histórica. "¿Cuándo?", se pregunta. "No sé; tal vez a consecuencia de una agitación

en el gran magma islámico o ante la aparición de la coleta de un chino asomándose tras los Urales."

El movimiento de proyección unificadora, continuado a lo largo de los siglos, en el cual hombres como Julio César, Carlomagno, nuestro emperador Carlos, Napoleón marcaron más o menos hondamente su huella, tal vez, como presentía Ortega, necesitase de un catalizador. Y sorprende un poco comprobar algunas curiosas coincidencias con lo en aquella ocasión manifestado por el filósofo y las realidades que nos trae la hora actualísima: el bloque euroasiático está pasando los linderos de amenaza imaginaria y es ya un hecho, *una cosa que está ahí.* Por otro lado, lo ocurrido últimamente en Suez ha sido un aviso, a la verdad no sólo para Inglaterra y Francia, sino también para el resto de Europa. Si existiera un aparato para medir la intensidad de esos imponderables de la Historia, seguramente nos quedaríamos sorprendidos del poder "catalítico" del coronel Nasser para la formación del Euratom. Pues Suez y petróleo, y petróleo y átomo, son, a las claras, magnitudes de funciones variables, si se nos permite expresarnos en una terminología de matemáticos.

Para Ortega, el futuro de los pueblos depende de su mayor o menor capacidad de invención. La decadencia de algunos, como el griego o el romano, por ejemplo, débese a no haber superado ciertas estructuras elementales e inventado otras exigidas por el ineludible evolucionar histórico. Porque el Estado es para el autor de *La rebelión de las masas* una invención, una proyección hacia lo porvenir, un mutuo acuerdo de convivencia y una común meta. Esto es lo que une: la empresa a realizar; diríamos, el compromiso.

En estos años siguientes a la segunda guerra mundial, Europa iba caminando aceleradamente hacia su desprotagonización. Factores de presión extraeuropeos, protagonistas y antagonistas, llevábanla a una pérdida de confianza, de fe en su misión y en su destino. Y, sin embargo, algo nos decía—con toda su carga de reproche—que no era por falta de vitalidad, sino de unión y conjunción de fuerzas. Ya no se trataba la angustia sentida por el europeo, de este arriar velas de nuestro protagonismo en la empresa histórica, sino —y esto era lo verdaderamente grave y desazonador—de otro dilema que sobre Europa se cernía: ¿qué potencia o grupo de potencias extraeuropeas va a mandar aquí?

El poderío económico de Europa es todavía enorme, pero tal como las naciones que la forman han ordenado sus economías, obligadas por la cerrazón de sus fronteras a seguir tendencias autárquicas y planes de artificiosidad proteccionista, corría el peligro de

ser desplazado en la lucha por los mercados mundiales. Y aun dentro de las mismas fronteras nacionales. Un Mercado Común intereuropeo permitirá que los países asociados orienten sus economías de una forma más sana y realista, volcando todo este inmenso poder que supondrá el ahorro de energías en la elevación del nivel de vida.

Hoy, el camino de la unificación económica lo han iniciado sólo seis países. Quizá haya sido mejor así. Pero, más tarde o más temprano, se irán uniendo otros pueblos a este primer núcleo de condensación. Todos esos pueblos para los cuales Europa significa una misma andadura, llena de gloria y pesadumbre, en lucha o en paz, por los caminos de la Historia.—ANTONIO RIVERA LOSADA.

INDICE DE EXPOSICIONES

EL PINTOR COLOMBIANO ANTONIO VALENCIA, EN EL ATENEO

Estamos ante la obra de un artista que tiene a su favor dos cualidades que deben ser intrínsecas de la pintura: buen concepto y lograda expresión. Antonio Valencia, en cada obra de las presentadas, se plantea un problema intelectual, de evidente raíz literaria, y al mismo tiempo un problema plástico. Pero adelantemos, como premisa debida, que si alguna palabra puede definir la pintura de este artista colombiano, es ésta: sinceridad. Es una pintura nacida del corazón, llevada por manos calientes, de buen pulso, y fiel a sí misma. Nos agrada que Antonio Valencia haga una obra que tiene, sobre todo, raíz geográfica. En los lienzos se observa que quien los hizo no hizo traición a su sangre ni a su tierra, ni se dejó llevar por artes de birlibirloque. Y es por la sinceridad que inspira su producción por lo que los lienzos de Valencia tienen peso, dignidad y un mensaje con características singulares. Es una pintura nacida en la intimidad y después pasada por la cabeza—paso imprescindible—, y el resultado literario—elemento precioso cuando es verdadero resultado y no fundamento—obedece a principios de razón. Por eso la pintura queda ante el examen enriquecida por diversos valores perfectamente equilibrados y que prestan al espectador muy diversas sugerencias. Es la primera de ellas la de ofrecernos